

Sócrates:
Apología Perenne de la Filosofía

Ensayo sobre el destino de la Filosofía

ARIEL DÍAZ OSORIO
PROFESOR TITULAR
ESCUELA DE CIENCIAS SOCIO-POLÍTICAS
UNIVERSIDAD INDUSTRIAL DE SANTANDER

RESUMEN

En este ensayo se presenta la actitud de Sócrates frente a la muerte, como prototipo de la actitud filosófica por excelencia.

La invitación a la Filosofía como invitación al sentido más profundamente humano del hombre: la racionalidad. La razón del ser del Universo para por el fenómeno humano, pensar filosóficamente es pensar antropológicamente. El reconocimiento del límite es la verdadera fuerza de la Filosofía, la actitud crítica de cuestionamiento radical sin pretender la rigidez y la seguridad de una respuesta.

¡Saber retro-ceder hacia sí mismo, he ahí la Filosofía!

SUMMARY

This essay attempts to analyse Socrates' attitude towards death as a prototype of the most desirable philosophical attitude.

The invitation to Philosophy as an invitation to the most profound human sense: reasoning. The reason to be of the universe goes beyond the human phenomenon; to think philosophically. The understanding of limits is the critical attitude of radically questioning without pretending the rigidity and security of an only answer.

!Knowing when to go back-in-self, there lies Philosophy!

“Entre todos los hombres de aquel tiempo que nos fuera dado conocer, bien puede decirse que fue el mejor, y sobre todo, el más sensato y el más justo”

(Platón, Fedon, 118a.)

No sólo con la lectura de la Apología de Sócrates sino en todos los diálogos, Platón, quien aprendió su filosofía de la vida, pero sobre todo de la muerte de su Maestro, nos enfrenta a Sócrates, como sus seguidores o como sus contradictores, en el diálogo infinito de la Filosofía. Por eso y desde entonces la cuestión sobre Sócrates, es siempre la cuestión de la Filosofía; y tal vez más precisamente la muerte es el tema filosófico por excelencia, como lo afirma Cicerón.

En diversos lugares de sus Diálogos, Platón nos presenta a Sócrates como el hombre cuya única pasión es la verdad (Ver, por ex. Alcibíades o la República; en: Obras completas, Ed. Aguilar, Madrid, 1979, pág. 592); en el Teeteto encontramos un símil de Sócrates, hecho por el geómetra Teodoro de Cirene, en donde se realza su estatura espiritual más allá de su físico no muy atractivo (Idem, Teeteto, pág. 893). En fin, Sócrates para Platón sólo puede definirse por su Filosofía; su pensamiento y su continua interrogación en los diálogos son su propia imagen.

La Filosofía para Sócrates es saber elevar la razón a ese nivel de los grandes principios metafísicos, que Platón caracteriza en la República, como “esbozos teológicos”, donde el acto cognoscitivo se convierte en lo único fundamental, que el oráculo de Delfos había promulgado como: “Conócete a tí mismo”; ver el alma en lo íntimo de la realidad de su ser. Al joven Teeteto, Sócrates le había precisado: “Para mí, pensar es un discurso que desarrolla el alma en sí misma...”. En el acto reflejo del conocimiento el pensamiento se revela como virtud y como poder; es decir, como ese algo indefinible que trasciende la realidad, ese APEIRON, que había definido Anaximandro, como lo inmortal, lo indestructible, o lo incorruptible de Aristófanes; es el mismo DAIMON de Heráclito, que habitaba al hombre como pensamiento del pensamiento, y que Hegel convertirá posteriormente en el Espíritu Absoluto. Pero sabemos que en su despliegue histórico también es ausencia, vacío, negación, búsqueda e insatisfacción.

Sócrates al invitar al hombre a la racionalidad no hace más que un llamado al hombre a su humanidad. Sócrates revela la madurez del espíritu humano, como dice Hegel,

al desplegarse geográficamente en una historia y en una cultura, de la que Sócrates es en ese momento su imagen, y de la que el pueblo de Atenas es su espacio y temporalidad. Al conducirnos Sócrates a lo suprasensible, al mundo inmutable de las ideas, como dirá Platón, la preocupación no es otra que la significación de la realidad, precisamente como realidad del hombre.

El verdadero mundo real pasa por el hombre; por eso Sócrates podría apropiarse, en un sentido diferente pero mucho más profundo, la máxima del sofista Protágoras: “El hombre es la medida de todas las cosas” (Anthropos Metron Panta). Sócrates con su método y con su dialéctica redime el conocimiento, llevándolo al mundo de las verdades universales, donde el pensamiento es Logos divino, es decir, donde es el mismo Dios la medida de todas las cosas. Pensar es entonces, como dice Spinoza, pensar «sub specie aeternitatis».

Pero El Logos como tal no es evidente al espíritu humano, de ahí la necesidad de la educación. Por eso Sócrates se convierte en el apóstol de la racionalidad; la más alta labor del espíritu humano es la búsqueda de la razón de la razón, y ésto es la Filosofía. El convencimiento de que el hombre no se afirma en los sentidos sino en la racionalidad, hace de Sócrates el gran revolucionario de la humanidad del hombre. En los Diálogos de Platón, Sócrates interviene siempre para llevar a su interlocutor, a través de la mayéutica y de la ironía, a reconocer el error de sus propios juicios y a superar la simple opinión en el conocimiento verdadero. El mensaje de Sócrates y por lo tanto el mensaje de la Filosofía, es el convencimiento de la racionalidad esencial del Universo, lo que se constituye en el reto y la significación del ser humano y de todos sus productos, puesto que El Logos es la medida verdadera de todas las cosas.

En este sentido la expresión filosófica del gran maestro de la dialéctica, Hegel, sigue siendo socrática: «Todo lo real es racional y todo lo racional es real». Frecuentemente tendemos a creer que la especulación a que nos lleva Sócrates y la Filosofía, no tiene nada que ver con la vida, pues la búsqueda del conocimiento, aparentemente, nos aparta de la existencia real. En realidad, el valor de la Filosofía está en relación con los bienes del espíritu, pero con el fin de llenar la vida de sentido práctico; es decir, con el fin de comprender mejor la convivencia y el espacio social en que se desarrolla la existencia, para transformarla desde el núcleo mismo del ser. Así Sócrates abre el primer gran capítulo de la Filosofía, como una reflexión moral y como una reflexión política, que perdurarán a través de la historia como su propia razón de ser.

Ciertamente hoy ya estamos habituados a las "respuestas" puntuales de la ciencia, y a ella dirigimos la mayoría de nuestros cuestionamientos para quedar satisfechos; sin embargo, somos también conscientes de la importancia del cuestionamiento filosófico, que mantienen vivo el interés especulativo por la problemática fundamental del hombre y del universo. Saber elaborar las preguntas y saber diferenciar los saberes es el principio de la sabiduría. Pero también es cierto que el valor de la Filosofía no estriba en la precisión de sus respuestas, sino en la actitud intelectual de la interrogación humana como tal. Su real sigue siendo la incertidumbre de toda respuesta precisa. Su real es la continua liberación que da la actitud cuestionadora y crítica del hombre frente a su propio conocimiento y al conocimiento del universo.

La grandeza y la limitación del discurso filosófico está precisamente en el hecho de su incompletud, de su inconclusión: esa es la muerte de Sócrates y su perennidad. Todo discurso se agota en una realidad inmediata, y ésta es la verdad del discurso científico, precisamente por ser científico, el cual es absorbido por la realidad en el mismo momento en que absorbe la realidad; mientras que el discurso filosófico no obtiene jamás conclusiones definitivas.

La patria de la Filosofía, como dice Hegel, sigue siendo Grecia, con sus límites y con su infinitud; la realidad geográfica de Atenas más la realidad ontológica de sus ciudadanos, significados por la solución política y moral de su propia historia y por la negación de su propio ser en la Filosofía, constituyen su originalidad paradigmática.

La presencia de la Filosofía es universal, es total, idéntica a sí misma; pero es también "la muerte de Sócrates", el fin del poder de Atenas, en la parcialidad y en la individualidad de toda realidad, en su tiempo y en su espacio. Así la razón filosófica se identifica con la historia, en las diferencias necesarias de la espacialidad y de las diferentes épocas. La muerte de Sócrates es el clamor perenne del destino contradictorio de la Filosofía, como lo afirma Lyotard. Contradicción que las grandes síntesis de la modernidad pretendieron salvar suprimiendo la metafísica, o fusionando su racionalidad en el esquema "claro y distinto" de la científicidad. Marx comprendió también claramente esta contradicción, cuando afirma en sus famosas Tesis sobre Feuerbach que "los filósofos sólo han sido capaces de interpretar el mundo, mientras que se trata de transformarlo". Es la negación que persiste en la condena de Sócrates. El hombre de la acción, el realizador de la historia es el hombre que siempre busca resultados, frente a lo cual la Filosofía es impotencia,

incapacidad e ineficiencia. El poder transformador del hombre no está en el discurso sino en la acción, en el hacer: Ser o hacer... La existencia espiritual que pregona la Filosofía, su deseo de libertad y de liberación permanente por la "Crítica", que no es un juicio simplemente sino un espíritu, ese Daimon que posee la naturaleza de Sócrates, que atraviesa la misma historia desplegándose en cada época como Logos, como Teoría, como Contemplación, no es operativa para el hacer.

La Filosofía al trasladar el discurso al mundo de la metafísica, se distancia y se diferencia, cuando no se opone francamente al mundo de la acción transformadora del hombre, el mundo de la praxis y de la tecné, mas no para desconocerlo ni para apartarlo o evadirlo, sino para significarlo en la negación que representa la identidad de la diferencia. La Filosofía no tiene su identidad en lo real de la realidad; por eso siempre su discurso es intruso, pues depende más de lo que podríamos llamar "la irrealidad de lo real", de la carencia de lo real, de ese "Conatus", con que Spinoza identifica la esencia del hombre, el deseo de lo Otro del otro; en fin, es un discurso de la U-topía. Hegel decía que lo verdadero está en el Todo y en lo Absoluto, y ésto no es medio o instrumento "ad usum delphinis", sino postergación en el reino del Fin, como dice Kant; se trata del otro extremo de la misma realidad, el Resultado, donde el Deseo colmado es Respuesta. Por eso Sócrates prefiere el reto de la muerte a las soluciones prácticas que le proponen sus amigos del Aerópago; no hay más opción cuando se trata del reto del Fin, es decir, la alternativa contradictoria del Sentido como clave postrera.

La U-topia, convertida en el sitio del Encuentro, donde finalmente la realidad está toda, el ser y el no-ser, el pensamiento y la acción, el entendimiento y la razón. Así es comprensible para el filósofo la transformación del mundo propugnada por Marx, porque el mundo es razón y sentido, que necesita la palabra clave para que se abra y para que acontezca; transformar siempre es algo que está más allá de la formalidad particular del ser.

Por eso el discurso siempre cargará la maldición de Sócrates: "Se podrán librar de mí, pero no podrán liberarse de la Verdad"; pues tanto el decir como el hacer deben rendir cuentas en el momento del balance. Sócrates entonces le diría al filósofo de Tréveris: No hay transformación sino en la comprensión. Por ésto mismo la Filosofía es espera, "deseo de saber", atención en la expectativa del Sentido, en el desenlace del fin.

La alternativa de Sócrates no era o la muerte o la Filosofía, sino la muerte porque la Filosofía. Sócrates asumió en la

Filosofía la consciencia de su época, la consciencia de su pueblo; él se hizo la crítica o el destino de la razón, en su interrogación y en su diálogo perenne con la Filosofía. La Filosofía se identifica con su propio tiempo y con su propio ser; es "el espíritu objetivo", espíritu de una comunidad efectiva, la Polis helénica. La Apología de Sócrates manifiesta claramente la lucha entre la "interpretación y la transformación", a que lo invita la retórica fácil del poder, o el rito y la ceremonia de los héroes del Peloponeso, que Pericles define en su Oración fúnebre, o el ofrecimiento del cargo público en la oferta del sometimiento como salida honrosa para evitar la muerte del gran Sócrates. Sócrates había buscado la ocasión porque él ya había escogido, y escoger es desear, amar, Filein, como suprema opción; no podía volver a donde ya había estado.

Ya sabíamos de su escogencia en el Diálogo de Platón, El Banquete, donde el Amor nace de una doble herencia: La de su madre, Penía, la mendicante y pordiosera a la caza de las dádivas de los poderosos, la marginada que duerme siempre afuera a la intemperie, apartada por su ineficiencia; pero por otro lado, la herencia de su padre el mismísimo Zeus, lleno de sabiduría y de audacia, productor y encantador de lo Bello, lo Bueno y lo Verdadero (Kalos, Kagaton, Alethes). Esa misma es la riqueza y la indigencia de Sócrates, por ello había luchado toda su vida. En otro pasaje del mismo Banquete, Alcibiades, amado de Sócrates por la aparente potencialidad de su propia persona, tal como lo describe el mismo Platón en labios de Sócrates, ya ebrio dice: "in vino veritas", haciendo a su manera su propio elogio de Sócrates, a quien cuestiona, haciendo gala de su prestancia de Efebo griego, que no duda en intercambiar por el don y el tesoro que Sócrates posee: La Filosofía. Alcibiades llega a la conclusión después del chasco de la escena que él mismo propició, que su actitud de conquistador de los dones espirituales de Sócrates, y su pretendida dominación de Sócrates con armas diferentes a la Filosofía, lo han puesto en la condición de esclavo, de méndigo, pero en el camino de la sabiduría, única manera de llegar a ser señor.

Los jueces que juzgan a Sócrates y sobre todo sus obsecados acusadores, no quieren y no pueden someterse a los razonamientos de Sócrates, y por lo tanto no ven otra disyuntiva que la que él mismo ya ha previsto, la muerte como razón de Estado; pero para Sócrates la opción de la muerte ya era una realidad en la ausencia precisamente de la realidad que persigue él como filósofo, y en la presencia del resultado final a que ha llegado: su realidad que no compagina y que no transige con las exigencias de lo puramente formal y de una justicia

aparente. Por eso la sabiduría de Sócrates está en este juego dialéctico de la presencia-ausencia, del vacío-realidad, de la justicia-dominación, manifestado en su propia enseñanza del "sólo sé que nada sé"; de ahí también que en su muerte converjan y concluyan el ciclo de su enseñanza y el ciclo de su propio aprendizaje de su vida como resultado, pero como resultado cuestionador. La muerte es pues su triunfo, destino contra el cual no tenía que defenderse, pues no había nada que perder; así salvaba su obra y su propia consciencia. El sabía., como lo dice en el Fedón que filosofar es aprender a morir; él sabía acampar en las riveras del río del olvido, Ameles, del que nos habla Platón en el capítulo final de la República; sólo le quedaba esperar el gran relámpago que despertaba todas las almas de los justos para ascender hacia el mundo superior y fijarse definitivamente en las estrellas. La Filosofía le había enseñado a beber solo el agua que necesitaba, pero ahora le ofrecían la cicuta, por haber osado salir de la caverna y confundir el mundo de las sombras. Sus acusadores tendrían su paga (quién puede saber más qué Sócrates?. Era cuestión del oráculo de Delfos); el que cree saber más que el oráculo cae en el fanatismo, en el dogmatismo, en el fundamentalismo, lo que imposibilita la reflexión filosófica.

Filosofar es interpretar e interpretar es evolucionar; cambiar por cambiar es retener a involucionar; es el destino de los acusadores presocráticos. Al morir Sócrates da testimonio de la validez universal no de su filosofía como tal, sino de su actitud filosófica, pues filosofar no es, en el fondo, el sólo amor a la sabiduría, sino amor a ese mismo amor, y ésto es mucho más que la simple actitud intelectual, es el testimonio de una vida hecha ella misma testimonio filosófico, es el testimonio de una vida hecha ella misma testimonio filosófico; es el deseo de ese mismo deseo que habita el alma de Sócrates y que Alcibiades había intuido en su búsqueda apasionada; es el "Conatus", convertido en "Filein". El destino de la Filosofía está en el Amor; ese amor intelectual con que culmina Spinoza su Ética; y como el Amor del Banquete platónico, está tanto en la brillantez y la fortaleza de su ancestro divino, como en la debilidad y en la miseria, en la encrucijada y en el vacío de su búsqueda humana. El filósofo, como Sócrates, está poseído por el sí y por el no frente a la realidad y frente a la historia. Se puede estar en desacuerdo con el pensamiento filosófico de Sócrates, pero no se puede estar contra su actitud vital de filosofar.

Pero, como sabemos, la Filosofía de Sócrates es también una cuestión política. Hay una razón - política, que lo convierte en gestor de su Polis, ciudadano libre que intercambia libertad; herencia que hace de Atenas la

Utopía que persigue la historia occidental: La búsqueda del mejor gobierno, de la mejor ley, donde todos los hombres puedan convivir y realizar su humanidad. Sócrates es un patriota convencido y enamorado de la bondad de la Polis, donde los dioses tutelares de la Filosofía, guían al hombre por los senderos de la Justicia.

Sabemos además que Sócrates vivió una época de grandes cambios y conmociones sociales y políticas, en que se asentaba la democracia de su Polis: Atenas. Esto también nos explica la ambigüedad de las acusaciones que se le hacen, y la dureza de los argumentos de Sócrates contra Anito, Meleto y Licón. Los políticos, tanto los tiranos que formaron parte del gobierno de los Oligarcas, como los demócratas, no toleraban el que él se haya impuesto con su Filosofía por encima de su poder. Por eso acudirán al argumento religioso para defender su poder político y al argumento moral para acallar su implacable crítica. Su vida era el mayor enemigo, como testigo del bien pensar, y por lo tanto como denuncia de todo error y de toda ignorancia. Por eso no duda en confesar su posición, que no la cambiaría aunque fuese absuelto; "vamos a salir de ésto, dice, yo juzgado por vosotros digno de sufrir la muerte, pero vosotros juzgados por la Verdad culpables de impostura y de injusticia" (Ver: Apología, 39b.).

Platón en el Critón nos ha retratado el pensamiento de su Maestro, capaz de dominar con tranquilidad, mansedumbre y consistencia la afrenta pública de un juicio injusto; su consciencia era superior a la pena injusta, aún a la pena capital.

Sin embargo también nos revela la otra cara de la moneda, que el pensador ante el poder siempre es frágil, inocente e impotente. El político siempre tendrá justificación para huir y siempre encontrará quien lo acoja y quien lo justifique (refugiado político). El pensador no, pues su estructura de contradicción, su propio pensamiento, le sigue a todas partes y con las mismas consecuencias. Por eso el combate socrático era también político: La afirmación del Estado racional, donde no puede haber ley sin razón. El proceso jurídico debe ser expresión del "bien pensar", y también lo contrario, un Estado de derecho debe generar el bien pensar. El mismo Arquetipo divino que habita el pensamiento debe informar la Ratio y el Jus, como universales que van más allá de su propia historia y de su propia Polis. La Ratio (el individuo) y el Jus (la sociedad), exige el equilibrio de un Estado de Derecho, única manera de desterrar el terror y la violencia. La Ratio es precisamente la perfección ética a que debe tender el comportamiento humano, expectativas del ser que requieren del espacio histórico de las normas y las leyes.

en el Estado. La universalización de los valores racionales del Espíritu (la Bondad, la Verdad y la Belleza), está precisamente en el valor moral del Estado y en el valor moral de la ley, defendidos contradictoriamente con la muerte de Sócrates.

El Estado y la Ley no pueden tener indiferencia moral. Para Sócrates la injusticia es inaceptable, no por normatividad moral puramente formal (los dioses de la ciudad), sino por la significación misma de lo moral como perfección de la razón en cada individuo. Por eso la posición de Sócrates no deja escapatoria, pues no excluye ni los fines, ni los medios, abarca la estructura y los procedimientos, (Summum jus summa injuria).

La justicia es la perfección moral de la consciencia que debe traducirse en la ley como consciencia de la Polis. Pero la ley es también el vínculo de la sociedad, no como norma sino como expresión de los fines sociales del hombre; "Ratio vinculum societatis", dirá Cicerón. En este sentido la Apología de Sócrates, expresa también las dos grandes ideas políticas de la Filosofía de Platón: La injusticia como el máximo mal y la necesidad de diseñar el Estado Justo, que garantice el desarrollo de la racionalidad, es decir, la perfección del hombre.

Sócrates se ha situado en un derecho supra-positivo, el de la Filosofía, superior a todo otro derecho positivo, que le permite criticar al Estado, y orientar su desarrollo como Estado de Derecho. Proclama la Ética de la ley como camino del hombre hacia la libertad. Sócrates se yergue, poniendo en juego su misma vida, al haberse opuesto a los políticos sin ser un político, pues como él mismo de sabiduría que él debía seguir como filósofo. "Por eso, continúa Sócrates, yo no puedo ceder ante nadie por temor a la muerte, en contra de la justicia, ya que soy capaz de morir antes que ceder". Por su derecho supra-positivo estuvo en desacuerdo con las leyes injustas, tanto contra los Tiranos como contra los demócratas, que bajo la libertad política maquinaban contra la justicia. (Apología, o.c. pág. 211-212).

Las exigencias de la ley limitan con las exigencias de la libertad, y ambas con las de la moral. No se pueden separar las coordenadas del deber-ser, con las coordenadas del ser que impone la ley. Esta era la terrible disyuntiva a que estaba avocado el discurso socrático. El desarrollo de la racionalidad exige la comprensión de la ley; por eso "el sabio" puede hacer la crítica histórica de la ley, para convencerla de su deber-ser y para afirmarla en la vía de la racionalidad, única vía de perfección para el hombre, aunque su derecho sea incomprendido. En esto está

fundamentalmente la contradicción entre el pensador como tal y el hombre de la política como tal. El contenido de la legislación no puede ser confundido con el procedimiento jurídico y político del uso de la norma, so pena de que el Estado caiga en el abismo de la arbitrariedad. Sin esta racionalidad elemental, la ley se contradice y genera la más horrible de las injusticias. La racionalidad de la ley es precisamente ser el único vehículo conducente a la libertad política de los pueblos; la ciudadanía no es solamente la libertad burguesa de la economía, sino el convencimiento político de la racionalidad de la ley, en todos y cada uno de los actos de la vida política, es decir, de la vida del ciudadano como hombre libre; lo que comprendió ese filósofo socrático del siglo XVIII que fue Rousseau, cuando afirma: "Soy libre porque obedezco a la ley". Sócrates quiere ahorrarle a Atenas la contradicción de la ley, convencido de que el ejercicio político de los hombres libres, es el convencimiento espiritual de la razón de la legalidad como garantía de la libertad, mientras que las transformaciones y las urgencias de la necesidad sólo engendran violencia y esclavitud.

BIBLIOGRAFIA

- Apuntes y anotaciones personales.
- Diálogos de Platón: Obras completas. Edit. Aguilar. Madrid, 1978.
- Etica a Nicomaco: Aristóteles. Ed. Bedout. Medellín, 1982.
- Etica de Spinoza. Ed. Galhinard. Paris, 1967.
- Idea de la Filosofía: Jorge Millas. Ed. Universitaria S.A. Santiago de Chile, 1970.
- Introducción a la Filosofía: Jean Wahl, F.C.E. México, 1967.
- Introducción a la Filosofía del Derecho: Hegel, Ed. Galhinard. Paris, 1968.
- Metafísica de las costumbres: Kant, Ed. Porrua. Buenos Aires, 1982.
- Por que filosofar: Jean Francois Lyotard. Ed. Paidos. Barcelona, 1989.